

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

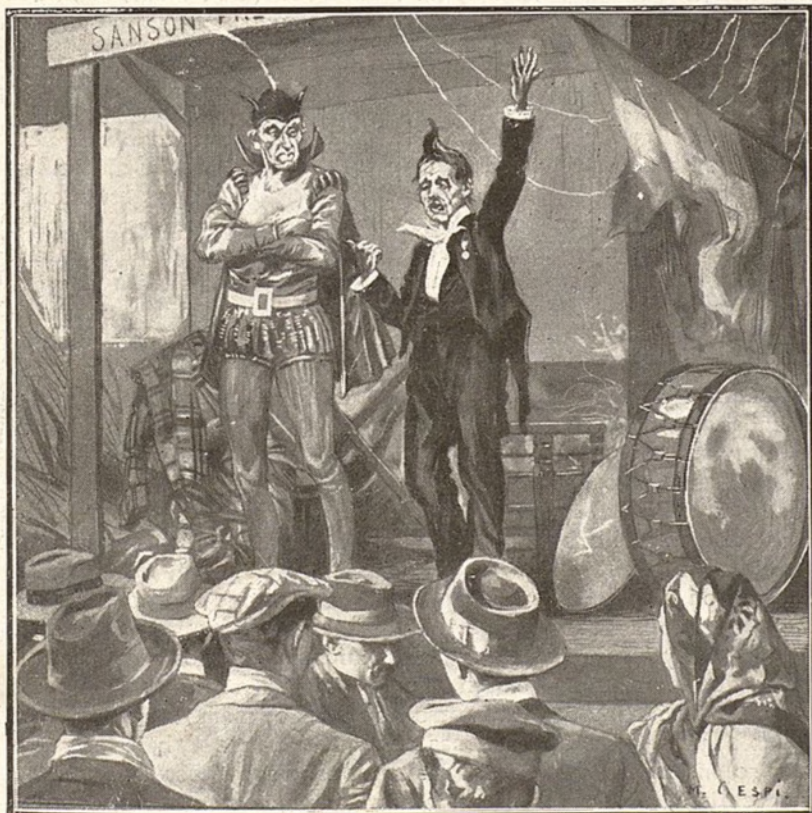


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 2 DE MAYO DE 1909

NUMERO 70



LOS TITIRITEROS

I

La compañía de titiriteros de maese Hércules no podía ver ni en pintura á la de maese Sansón, y la de maese Sansón hacía la señal de la cruz á la de maese Hércules, como si se tratase del propio Lucifer.

Podían señalarse como causas de tamaña animadversión entre estas

Ayuntamiento de Madrid

pobres gentes la de su amor propio lastimado de «artistas» y la competencia que forzosamente había de establecerse entre ambas compañías, si por casualidad—y las casualidades se repetían con deplorable frecuencia—trabajaban ambas en un mismo pueblo en día determinado. La que llegaba primero recogía más aplausos y más «perras chicas» que la que trabajaba después, y unas veces era la gente de Hércules y otra la de Sansón la que se veía obligada, ante lo escaso de la concurrencia y la frialdad de su atención y de bolsillo, á tomar las de Villadiego, humillada y hambrienta y renegando de su mala suerte.

La compañía de Hércules la formaban su mujer, su hija, un muchacho y una mona; las hembras, vestidas con unos toneletes de seda rosa, descolorida y ajada, y unas mallas zurcidas por todas partes, saltaban por el aro, hacían juegos de prestidigitación y, acompañándose de una ocarina, cantaban cuplés ininteligibles para el auditorio; maese Hércules, un hombretón alto y recio como un roble, daba saltos mortales, rompía de un puñetazo una piedra y admiraba á las gentes levantando á pulso una bola que, según él decía, era de acero macizo con un peso de cien kilos; el muchacho, vestido de payaso, hacía bailar á la mona.

La compañía de Sansón era más reducida; la constituían sólo dos muchachos y un oso grande y blanco. Sansón poseía múltiples habilidades que hacían abrir un palmo de boca á los lugareños, que no podían explicarse cómo aquel diablo de hombre, vestido todo de rojo y con unos cuernos muy grandes, se tragaba estopas encendidas, espadas tremendas, metros y metros de cinta, y luego, como la cosa más natural del mundo, volvía á sacar de la boca, intactas, estopas, espadas y cintas; los muchachos, ataviados con el clásico traje de gimnastas, hacían verdaderos prodigios de agilidad y de equilibrio; el oso, en fin, no se conformaba con sólo bailar estúpidamente, como en tales compañías es lo obligado, sino que fumaba en pipa, echaba el humo, leía el periódico, y, con un gorro turco colgado de una pata delantera, recorría el corro, pidiendo con significativos gruñidos el premio á su trabajo.

Vida harto penosa y miserable, hijos míos, la de estos vistosos vagabundos, que, para ganarse el pan de cada día, se ven forzados, lo mismo en el crudo invierno que en el abrasador verano, á ambular de pueblo en pueblo, por las carreteras llenas de polvo ó de nieve, bajo los rayos de un sol implacable que quema sus cuerpos, ó azotados por la lluvia ó por la ventisca, llevando áuestas la impedimenta de su oficio, comiendo á veces bazofia en los mesones, y á veces mordisqueando un pedazo de pan, tan duro como su malaventurada suerte. ¡Y cuántas noches, por no poder pagar el albergue en una posada, tienen que dormir á cielo raso, soportando las inclemencias del tiempo...!

Vida de penas y de amarguras incontables.

Faltó muy poco aquel día para que Sansón y Hércules no desahogasen, de una vez para siempre y de manera lastimosa, el furor reconcentrado que se tenían entre sí, y milagro fué que la plaza del pueblo,

en donde ambas compañías funcionaban a la par, no se convirtiese en un Campo de Agramante.

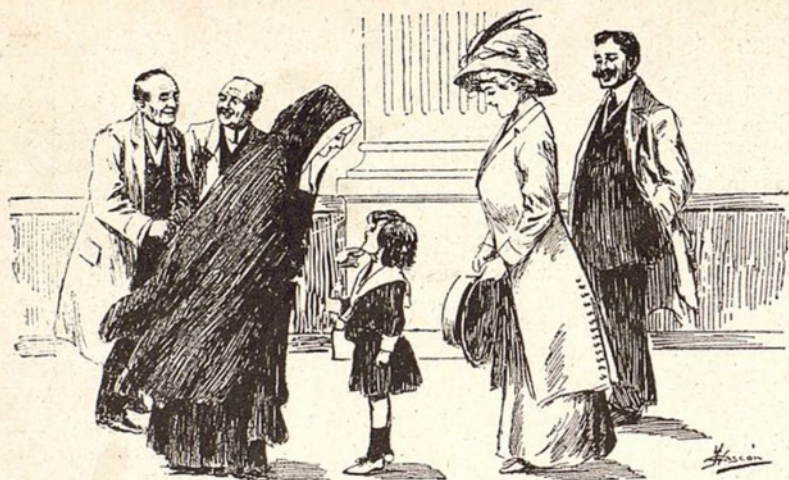
Es el caso que Hércules, llevado de su rabioso despecho al ver que su rival había formado un corro enorme, mientras que el suyo apenas si podía llamarse corrillo, se permitió decir á voces unas cuantas palabrotas denigrantes para los de Sansón, acusando á éste de embustero y de mal artista.

Al oír tales insultos, herido Sansón en lo más sensible de su amor propio de titiritero, paró en sus ejercicios, avanzó fieramente hacia Hércules, y, mostrándole á los de ambos corros, que se sentían inquietos por el inesperado rumbo que tomaban los títeres, les dijo:

—El señor es un mentecato, que se muere de envidia porque no puede hacer ni hará nunca lo que yo hago; porque yo, aunque me esté mal el decirlo, he aprendido mi arte, mi noble arte de gimnasta, en los circos de mayor importancia del mundo, y he sido el asombro de los públicos de París, Londres, Filadelfia, Nueva York, Roma, Madrid, etcétera, etc. Y puedo enseñar al que dude de mi palabra honrada los diplomas y medallas que he ganado en mi carrera, diplomas y medallas, señores, que me han sido entregados en propia mano por los reyes, emperadores, príncipes y presidentes de los muchos estados en que he ejercido mi profesión... Y hasta del mismísimo Sah de Persia tengo una medalla de oro que me entregó la noche en que trabajé en su Imperial Palacio... El señor—y volvió á señalar á Hércules—es un embustero y un envidioso, que no ha trabajado en su vida más que en las plazas de villorrios y aldeas de mala muerte... Y yo apuesto ahora 5.000 pesetas contra 100 á que ni él ni nadie de su compañía ejecuta ante el respetable público que me escucha ninguno de los ejercicios míos ni de mis compañeros.

Concluir.





LAS BONDADES DE NINI

XXIV

Después de muchísimo rato de ir en coche, llegamos. El colegio es una casa muy grande, muy grande, muy grande, muy grande.

Entramos á una sala; yo estaba deseando que saliera alguien, porque como no había visto nunca á las monjas no sabía cómo eran. Por fin, se abrió una puerta y salió una mujer muy rara, con la cabeza tapada con un delantal blanco, y yo exclamé:

—¡Atíza! ¡qué rara va vestida ésta!

También aquello los enfadó á papá y á mamá, se lo conocí en la cara. En cambio, los abuelines apretaban la boca porque se querían reír, ¡naturalmente! ¡Como que si son así todas las monjitas son muy raras! En cambio, vean ustedes lo que son las cosas; aquella monjita no pareció enfadarse; me cogió en brazos, me dió un beso, y dijo:

—¡Hola, hola! Me parece que esta preciosa niña es una pequeña rebelde!

—Yo no sé qué es eso—contesté;—pero tú llevas un traje muy feo. Mamá dijo entonces á la monjita:

—Ya ve usted madre, como yo...

—¡Anda salero! ¿pero es tu madre?—pregunté.

Mamá no me hizo caso y continuó:

—Como yo tenía razón al decir á usted que esta niña es muy revoltosa y muy imprudente; como no hace caso de nuestras correcciones se la encomendamos á ustedes, para ver si logran que se enmiende y que llegue á ser una niña buena, dulce, tranquila y respetuosa...

—...Y colorín, colorado, mi cuento ya se ha acabado—dije yo.—Mire usted, madre de mamá, todo eso es mentira y en mi casa no sabe

nadie lo que se pesca. Ayudo á lavar y limpiar cosas, y me regañan; doy limosnas, y me regañan; pasa algo malo en casa, y me regañan; limpio la casa de los abuelitos, y me regañan; me defiendo cuando alguien me hace rabiarse, y me regañan, ¡sí están chiflados todos! Ya ve usted, yo no soy como otras niñas que pierden el tiempo en jugar con muñecas, ¡quía!, yo siempre estoy *ayudando* á algo ¡y siempre me castigan! Por eso me aburría tanto en casa, y en cuanto papá y mamá me dijeron que me iban á traer aquí ¡me puse más contenta! Porque ustedes no serán así... no me regañarán, y jugaremos mucho, ¿verdad?

La monjita se reía como una tonta; ríe que ríe. Al fin dijo:

—Vamos, les doy á ustedes la enhorabuena; por lo menos no es muda la pequeña... ni tonta tampoco... Veremos de hacer una señorita presentable de este torbellino... Vamos. Llegó el momento de despedirse... Nini, da un beso y un abrazo á tus papás y á tus abuelitos... y ¡vamos á ver á las demás niñas y el jardín...!

De verdad les digo á ustedes que aquello no me pareció bien; tenía unas ganas atroces de llorar... pero hacía unas fuerzas muy grandes para no hacerlo, porque me parecía muy feo llorar después de haber dicho que me alegraba de ir al colegio.

Papá, mamá y los abuelitos sí que lloraban mucho; me dieron una atrocidad de besos y apretujones... me cogió la monjita en brazos, y nos fuimos por una puerta á un pasillo muy grande... atroz de grande... Yo seguía con ganas de llorar...

—¡Atiza! Tú, monja, ¡vaya un pasillo largo y grande! ¡qué barbaridad! ¿Y dónde vamos ahora? Oye, dí á los abuelos y á mamá que entren para que vean que este pasillo es mucho más grande que el de casa, y también que el de casa de Piluca...

—Mira, Nini—dijo la monja.—Fíjate bien. A mí y á las demás monjitas debes llamarnos de usted, y madres; á mi madre Rosario...

—¡Pero tú no eres mi madre, ni las otras monjas tampoco! Dí á mamá que venga.

—Tus papás y abuelos se han ido ya á casa...

—¿Sin mí?

—Tú te quedas con nosotras...

Al oír eso, no pude hacer más fuerzas, y empecé á llorar á gritos.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



POR DESOBEDIENTE

Cierto campanero tenía un hijo llamado Manolín, el cual, aunque pequeño, era ya un archivo de picardías y un almacén de malas inclinaciones. Bastaba que su padre le mandara una cosa para que él hiciera la contraria. Enviábalo á la escuela, y se iba al campo; enviábalo á un recado urgente, y se entretenía en jugar con otros rapaces; enviábalo á su casa, y él tomaba el camino de la estación para entretenerse en ver las máquinas; en fin, que era más malo que un diablillo y menos educable que un gato montés. Entre todas las cosas que su padre le prohibiera, la única que no había hecho era subir á la torre, y esto no por falta de voluntad, sino porque cuando el campanero subía, siempre cerraba tras sí la puerta.

Sin embargo, olvidóse un día de hacerlo y, como lo notara Manolín, trepó valientemente por los altos y desdentados escalones, y al llegar á la mitad de la escalera se coló en la bóveda de la iglesia por una desvencijada puertecilla. Reinaban en aquel tétrico lugar una difusa claridad, un silencio augusto y una infinita calma. Manolín miró con curiosidad, y como en el



ir y venir de sus ojos sorprendiera á algunos pajarillos que pasaban por los tragaluces, despertóse en él su instinto de cazador, y desliziéndose sobre las panzudas moles de la bóveda, se puso á buscar nidos. No hacía mucho tiempo que en tal cosa se ocupaba cuando vió uno

colocado casi en el suelo, entre dos piedras mal unidas de la muralla, junto á un ventanuco por el cual irrumpía la luz en un raudal de apoteosis.

¡Qué alegría experimentó el rapaz...! ¿Sería de golondrinas, de vencejos ó de murciélagos...

Temblando de emoción se agazapo y escuchó... Los polluelos piaban débilmente y de la pequeña oquedad salía esa maloliente y cálida tufarada que exhalan todos los nidos. Manolín metió la mano y palpó...



Primero tocaron sus dedos una arena menuda y suave, luego la cama, hecha con palillos delgados, hojas

secas y finas plumillas, y al fin, el plumón caliente de los pajarillos que, ante su mano, huían hacia el fondo del nido. Iba ya á coger uno de ellos, cuando de pronto sintió atrapados sus dedos por una invisible garra.

Echóse á llorar al sentir el dolor, que fué fortísimo, sacó rápidamente la mano, y asida á ella con una de sus patas salió una enorme lechuza.

Manolín, al ver aletear junto á su cara aquel feo pajarraco, al contemplar aquellos ojos redondos que, fríos, se clavaban en los suyos, comenzó á gritar con angustia y á pedir auxilio al cielo y á la tierra, y como su padre, al bajar de voltear las campanas, le sintiera, acudió á sus ayes á tiempo de que la lechuza, soltándole, se hundía en un rincón obscuro volando en silencio...

—¿Ves?—le dijo su padre limpiándole la sangre de los rasguños que tenía la mano.—Me has desobedecido, y en el pecado has llevado la penitencia...

JOSÉ A. LUENGO.



LA VISPERA DE AUSTERLITZ. CUADRO DE CHELMINSKI

Napoleón escogió la llanura de Austerlitz para dar la batalla en que confiaba su genio. Y la noche antes, que era también la víspera del aniversario de su coronación, inspeccionó por última vez las posiciones

de los ejércitos, trazando en su imaginación el plan de la victoria. Rodeabanle sus generales, contemplando también la nevada llanura, que semejaba el lienzo mortuario del enemigo.



UN CERDO ENGANCHADO

Los ingleses se esfuerzan en descubrir las habilidades que aún no hemos descubierto en todas las especies de animales. Hace poco, algunos señores de buen humor y naturalmente prácticos, se dedicaron á domar llamas hasta conseguir que soportaran un jinete, tal vez para aliviar de este peso á los caballos.

Ahora se han hecho también ensayos de tiro con los cerdos, que se enganchan á un cochecito de niños, porque de hombres acaso fuera demasiado.

Ya son varios los que han utilizado este sistema de conducción en vista de que el cerdo parece adaptarse fácilmente al nuevo oficio. Creemos, sin embargo, que es una falta de consideración para el pobre animal dedicarle al trabajo en vida, cuando su verdadera utilidad empieza después de muerto.

Si no protesta el cerdo, por ahora, no tardará en protestar, de la manera que suele hacerlo... ¡Gruñendo...! Aunque nadie hará caso de sus protestas, porque como gruñe por todo, nunca se sabe cuándo se queja ó cuándo está contento.



MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

Y en cuanto que Margarita vuelva á quejarse, que pienso que no habrá de tardar mucho volverá á salir tu genio, y sufrirán estas pobres lo mismo que antes sufriero.

ROSAL. Te aseguro...

PEDRO. ¿A qué engañarnos?

En este mismo momento tu interés porque se queden no es producto del afecto. Es interés por tu niña, que, como se empeña en ello, rabiará si no lo logra.

VÍCT. ¿Eso crees?

PEDRO. Ni más ni menos.

Y yo no puedo olvidarme de los deberes que tengo, y á su situación extraña tengo que poner remedio.

ROSAL. Blanca, Clemencia, creedme, por nuestra madre os prometo que he de enmendarme. Que-
[daos.

¡Con lágrimas os lo ruego!

BLAN. (Abrazándola.)

¡Tú llorando, Rosalía!
Nosotras no te queremos mal ni somos rencorosas.

ROSAL. ¿Os quedáis, verdad?

CLEM. (A su hermano.) ¡Ay, Pedro!

PEDRO. Todos nos queremos mucho, y para poder querernos sin que los unos maltraten á los otros... me las llevo.

ROSAL. (A Margarita.)

Margarita, cielo mío, se marchan; no volveremos á verlas en esta casa.

MARG. (Tirándose al suelo y rabiando.)
¡Yo no quiero! ¡Yo no quiero!
Yo quiero que estén conmigo, y que vengan á pasco conmigo, y que me diviertan. ¡Que no se vayan con Pedro! Que no se vayan, ó rabio y chillo, y les rompo luego los libros. ¡Que las encierren, mamá!

PEDRO. (Que la ha contemplado con los brazos cruzados, dice irónicamente.) ¡Es un ángel del cielo! (A Blanca y Clemencia.) ¡Qué vida tan agradable habréis pasado viviendo al lado de esta monada! Pero se acabó ese tiempo.

MARG. (Furiosa se dirige á Pedro á pegarle.)

¡Malo, picaro!

ROSAL. (*Queriendo detenerla.*) ¡Mi vidal
VICT. (*Lo mismo.*)

¡Alma mía!
(*Pedro la coge por los brazos, y, levantándola en alto, la sienta de golpe en un sillón, y la tiene sujeta.*)

PEDRO. Toma asiento
y descansa. (*Victor va á cogerla, y Rasalía quiere separar las manos de Pedro, que sujetan á Margarita. Este los mira con lástima, y coloca á la niña en los brazos de su madre.*)

Aquí la tienes;
quiérela con amor ciego.
¡Tú verás los resultados!
Y tú, Victor, á quien veo
aun más débil que á mi hermana,
mira lo que estáis haciendo.
Pensáis hacerla dichosa,
y haréis su desgracia luego.
Dios sabe que son leales
y sinceros mis consejos.

ESCENA VI

DICHOS, LUIS Y PABLO

LUIS. (*Entra alegremente.*)
Señoras y caballeros...
salud.

PABLO. ¡Acá estamos todos!
(*Los demás no participan de la alegría con que se presentan Pablo y Luis.*)

LUIS. (*Con extrañeza.*)
¿Qué sucede en esta casa?

VICT. Mira, no te hagas el tonto,
porque demasiado sabes
el disgusto serio y hondo
que los dos habéis causado.

LUIS. ¿Nosotros, tío?

PABLO. ¿Nosotros?

VICT. Vosotros, mosquitas muertas,
porque no tenéis ni asomo
de prudencia. Habéis escrito
á Pedro con unos tonos
exagerados, contándole
un novelón.

LUIS. Poco á poco,
tío Victor. Hemos escrito,

es verdad, pero de un modo
sincero, justo y prudente.

PABLO. Sin novela.

ROSAL. Reconozco
que he podido estar severa
con mis hermanas; mas todo
eso que le habéis contado
á Pedro...

LUIS. Yo te respondo
de que no fué exagerado.

PEDRO. Y yo, que no me amontono
nunca y que juzgo con calma,
debo salir en su abono.
No me han contado esas cosas
horribles, sino tan sólo
que mis hermanitas eran
víctimas de ese pimpollo
que, á fuerza de tanto mirar,
es un tirano despótico.

Esto fué ni más ni menos.

VICT. Y tú, tan grave y juicioso,
has hecho caso á dos niños.

PEDRO. ¿Pero no es cierto y notorio
que Blanca y Clemencia...?

VICT. De eso
hay mucho que hablar.

BLAN. { ¿Qué?

CLEM. { ¿Cómo?

LUIS. Si tal. Contra los informes
de estos jóvenes hay otros
de personas más formales,
y yo tengo el testimonio
de Julia.

LUIS. ¿De la doncella?

VICT. Más imparcial que vosotros.

ESCENA VII

DICHOS; PASCUAL CON UN PAPEL EN LA MANO.

PASC. Dan su permiso.

ROSAL. Adelante.

VICT. ¿Qué ocurre?

PASC. Vengo á decir
á la señora una cosa.

VICT. ¿Tan urgente?

PASC. Así, así...

ROSAL. Diga usted.

PASC. Pues que... me salgo
de la casa.

VICT. Pues por mí...
Continuará.



LA PLATA

La plata es un metal cuyo color es muy blanco; después del oro es el más dúctil y el más maleable; con un gramo de plata puede hacerse un hilo de 2.400 metros de largo. Es muy resistente, como lo prueba el hecho de que hace falta un peso de 85 kilos para romper un hilo de plata de dos milímetros de grueso.

La plata es blanda, y para darla el grado de dureza necesario á fin de que tengan consistencia los objetos que se hagan con este metal, es preciso unirle al cobre.

En esta forma se emplea, como el oro, en mil usos distintos: para hacer monedas, medallas, alhajas, vajillas y toda suerte de objetos.

La aleación del oro y de la plata da por resultado un metal más duro, más elástico y más fusible que lo son cada uno de sus componentes por separado. En platería se utiliza mucho, y según las cantidades de oro y de plata empleadas, así será el color del oro, es decir, su tono más ó menos amarillo, pues es sabido que en muchas alhajas se pone oro de distintos colores con objeto de que resalten unos de otros.

La plata se presenta con bastante frecuencia en la corteza terrestre. Cuando se presenta sola, que son las menos veces, se le da el nombre de plata nativa, y se encuentra entonces en forma de cristales, en filamentos muy tenues, y también en masas irregulares á las que se llama *pepitas*. Así se ha encontrado en las minas del Potosí, en Bolivia, y en las de Konsberg, en Noruega, en donde se han recogido pepitas de 40 kilos y 60 gramos y también de cien kilos de peso.

En nuestra península hay bastantes minas de galena argentífera y de plomo que contiene plata. En Rusia, en Austria, en Hungría, en el Tirolo y en Prusia se encuentra la plata en bastante cantidad; pero es en América, sobre todo, en donde se presenta con verdadera abundancia, en Chile, en Méjico y en el Perú especialmente, siendo famoso el

filón de Guanaguato, en Méjico, conocido con el nombre de Veta Madre, que se ha explotado en una longitud de 12 kilómetros, y en donde hay trozos en que el filón ha tenido 60 metros de espesor.

Como, según se dice antes, no es lo más común que la plata se presente en estado nativo, es decir, sola, sin estar unida á alguna substancia ó mineral, es menester separarla de él, y para ello se emplean varios procedimientos que voy á reseñar someramente. Uno de ellos consiste en lograr que la plata contenida en un mineral cualquiera se una al plomo, y una vez obtenida esta aleación, se echa en un crisol que se pone al fuego, y como el plomo se funde mucho antes que la plata, se tiene en fusión y se vierte por una canal que el crisol tiene, quedando entonces la plata sola y libre. El otro sistema es más complicado, y consiste en hacer una amalgama con la plata que los minerales contienen, sal y pirita calcinosa, añadiendo mercurio á esta amalgama y separando luego el mercurio por medio de la destilación.

Ya queda dicho que con la plata sola no se pueden hacer objetos, por ser este metal muy blando y que es necesario asociarla al cobre que le da consistencia. A la proporción que existe entre la plata y el cobre se le llama *ley*, y así se dice que es plata de ley aquella que sólo contiene una proporción de cobre que, para las monedas, es de 900 partes de plata por 100 de cobre, por ejemplo.

Por espacio de mucho tiempo ha jugado la plata un papel muy principal en el mundo, sirviendo de base á los sistemas monetarios, pues casi toda la moneda que se empleaba en las transacciones era de ese metal. Pero desde que con el descubrimiento de las minas americanas y con los sucesivos adelantos de la industria se ha ido produciendo plata en cantidades tales que han traído, como consecuencia lógica, su abaratamiento, ha sido necesario acudir al oro para hacerlo base de los sistemas monetarios de las naciones; es decir, para darle á él la representación única del valor de la moneda tipo, fingiendo la existencia de una moneda de oro que en realidad no hay, y acuñando luego monedas que contengan un número determinado de veces aquella ideal. Los países que tienen el oro como base de su sistema monetario se dice que tienen el *patrón oro*.

Pondré un ejemplo que haga inteligible lo que queda dicho. España es una nación que no tiene el patrón oro, y, suponiendo que quisiera cambiar su sistema monetario, tendría que crear una moneda, la *peseta oro*, á la que daría un determinado valor ideal, en razón á la proporción de ese metal de que estuviese formada, cuyo valor serviría de base para fijar el de las monedas que se acuñaran en representación de aquella, y la *ley*, es decir, la cantidad de oro fino que cada una contuviera. El que un país tenga el patrón oro no quiere decir que todas sus monedas sean de oro, pues para mayor comodidad en las transacciones, en las compras y en las ventas, circula la moneda divisionaria, es decir, las piezas de una, dos y cinco pesetas, siguiendo con el ejemplo de España.

JUAN ANTON

¡PROVIDENCIA!



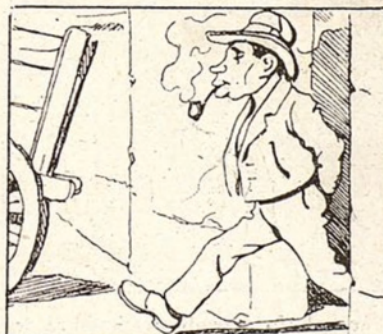
El tío Fermín sale de su pueblo con un carro de trigo para la feria de Villagorda.



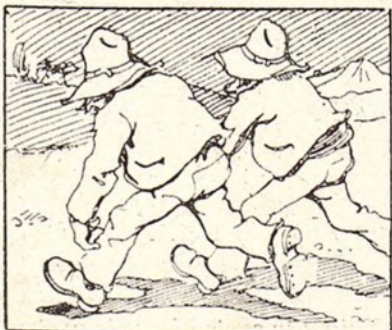
El señor Pepe, rico acaparador, viendo la buena calidad del grano, se queda con toda la partida.



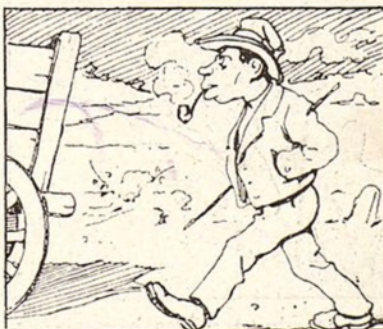
Mientras toman unas copas y le da el dinero, unos ladrones les acechan.



Al caer la tarde, sale el tío Fermín de la posada lleno de alegría por el buen negocio.



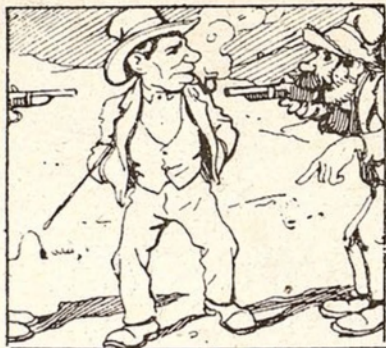
Los ladrones se van corriendo por un atajo para cortarle el paso.



Marchando muy tranquilo y fumando su pipa iba el tío Fermín.



Quando de la derecha del camino una voz ronca le dice: «¡Alto, la bolsa ó la vida!»



Y de la izquierda otra voz terrible le repite la misma espeluznante orden.



Pero el tío Fermín era hombre de pelo en pecho, y contesta: «¡No me da la gana, granujas!»



Viendo que iban á dispararle los dos, se tira al suelo tan oportunamente.



Que los dos terribles bandidos se atraviesan con sus balas, y el tío Fermín se levanta ileso.



Y sigue su camino fumando su pipa, dejando á los forajidos tendidos en la carretera.